

Un día de sangre, balas y muerte ***30 de noviembre de 1920***

Aquel martes 30 de noviembre fue un día de sangre, balas y muerte. Como tantos otros que ya habían pasado. Como tantos otros que vendrían. Días de crímenes y desespero a los que ya parecía estar acostumbrada Barcelona.

Pero aquel 30 de noviembre sería una fecha que recordarían para siempre unos cuantos habitantes de la convulsa ciudad. Una fecha, como tantas otras en los últimos meses, marcada por las pistolas, el odio y la incomprensión. Una fecha que demostraba la sinrazón a la que se había llegado una vez abandonado el diálogo.

Para algunos de aquellos personajes, fue un día más. Una nueva muesca en la cadena de atentados marcados en el calendario. Un paso más en el objetivo de instaurar una paz basada en el peso de las balas. Una etapa más de la represión arbitraria. Una medalla más que colgarse con la sangre que manchaba las calles de la ciudad.

Para otros, fue un día lacerante, desgarrador. Una losa en forma de atentado que, esta vez sí, afectaba a alguien próximo. Una jornada en la que las balas no equivocaron su camino. Una sacudida represora que se llevaría al amigo. Un estigma futuro nacido de la sangre del compañero.

Para Francesc Layret fue el día de su asesinato. Un final temido. Un final anunciado, pero no por ello menos desolador. El día en que el esqueleto ortopédico dejaría de sostenerlo, desmoronado por una lluvia de balas y adioses.

Severiano Martínez Anido esperaba en su despacho del Gobierno Civil la llamada de confirmación. En los últimos días había pasado mucho tiempo encadenado a ese teléfono desde el que daba órdenes y recibía novedades. Y pasadas las nueve de la noche llega la noticia ansiada. Una sola frase de su fiel Arlegui: «Está muerto».

Cuando el día 7 de ese mismo mes el presidente del Gobierno, Eduardo Dato, le había propuesto pasar a ser gobernador civil en Barcelona, su primera respuesta fue negativa. Él era un militar que no sabía ni quería entender nada de asuntos civiles ni de política. Horas después, volvió a recibir otra llamada del presidente. Le informaba de que, a instancias del rey y del Gobierno, había sido nombrado gobernador. Solo faltaba su aceptación. Y Martínez Anido no pudo negarse esta vez. Como buen militar, se sacrificaría por la patria. Pero antes de trasladarse a la ciudad condal, se aseguró de que tenía carta blanca, de que la confianza de sus superiores era absoluta y de que tenía las manos libres para utilizar sus métodos. Su espíritu castrense no entendía la palabra fracaso, así que se prometió a sí mismo no caer en la volubilidad de sus antecesores en el cargo. Él actuaría con la dureza que fuera necesaria con el objetivo de canalizar la difícil situación por la que pasaban la ciudad y el país.

Los sindicalistas de la CNT eran una plaga y el gran veneno que estaba emponzoñando la convivencia. Y él conoce el antídoto que, aunque doloroso, acabará con el problema. Así que cuando obtuvo el beneplácito de Dato, buscó a sus colaboradores y se puso manos a la obra. Resultado: en los primeros veinte días de su mandato, más de setenta sindicalistas encarcelados y unos cuantos asesinados.

Su plan pasaba por descabezar el Sindicato. Por ello una de las detenciones más importantes fue la que se llevó a cabo el día 22 al arrestar a Salvador Seguí. El *Noi del Sucre* ya dormía en la

Modelo desde hacía unos días, y al día siguiente sería Francisco Arín, del Comité Propresos, el que seguiría la misma suerte. El triunvirato se completó el día 27 con Lluís Companys. A Martínez Anido le importó bien poco que este fuera concejal del Ayuntamiento de Barcelona. Pesaba más su acercamiento a los postulados obreristas y su amistad con Seguí y Layret. Y le faltaba este último para su colección. La cabeza pensante, la fuente de las ideas del movimiento obrero, el líder al que el general ya había echado el ojo durante el tiempo que ostentó el cargo de gobernador militar de Barcelona. Layret estaba marcado con una cruz y se había dado la orden a los pistoleros del Sindicato Libre para que actuaran esa tarde.

Por eso, cuando el maldito alcalde de Barcelona, con quien ya había tenido algún que otro enfrentamiento desde el Gobierno Militar, lo telefoneó el día de la detención de Companys, Martínez Anido lo citó para la tarde del día siguiente. En sus planes no entraba recibir al alcalde, así que una hora antes de la reunión, y excusándose en los altercados de aquella jornada, aplazó el encuentro para dos días después. Él sabía que el alcalde estaba siendo requerido y asesorado por Layret. Si todo iba según lo previsto, dos días después ya no sería necesaria aquella reunión.

Aquella misma mañana, había ordenado la deportación al castillo de La Mola, en Mahón, de treinta y seis de los presos que estaban en la Modelo. Entre ellos, Seguí y Companys. Sabía que aquella era la espoleta que necesitaba. Así que cuando recibe la llamada, levanta el auricular y solo escucha una frase de aquella voz conocida, aquel «está muerto», convoca inmediatamente la rueda de prensa que tenía preparada. Tiene escrito el comunicado que leerá. No permitirá preguntas de ningún periodista. Se siente triunfador en su papel de justiciero, en su labor de desinfectar la ciudad, en su obligación de sacar de las calles a las cabezas pensantes del movimiento obrero.

Ya ven ustedes lo que hay. Han salido en el Giralda unos cuantos sindicalistas. No son deportaciones ni mucho menos. Hay que alejarlos, porque la gente está muy cansada y ya ven ustedes lo que hacen. Es natural, ha llegado la reacción. Yo estoy conteniendo, conteniendo...

Quería hacer lo mismo con el señor Layret. Por la consideración que merece su título de diputado, no lo hice, y ya se habrán ustedes enterado de lo que ha sucedido esta tarde. Ayer quería poner a Amador en libertad y me alegro de no haberlo hecho, pues estoy seguro de que a él y a los que he embarcado, les he salvado la vida. Por ahora se les envía a un castillo, en Mahón.

Las deportaciones no están autorizadas. Esto no es más que un alejamiento de Barcelona. Es necesario reformar las medidas conforme lo piden los tiempos.

Y eso es todo. Por ahora.

Miguel Arlegui había sido reclutado por Martínez Anido para el cargo de director general de seguridad y se había convertido en su mano derecha. También militar, había sido investido con plenos poderes como jefe de la policía de Barcelona. Y lo primero que hizo fue incorporar a Antonio Espejo como inspector, una persona que se movía como pez en el agua por los bajos fondos barceloneses.

Aquella tarde del día 30, Arlegui fue a la clínica Corachán una vez se hizo oficial el atentado contra Layret. Allí se encontró con el alcalde y otras autoridades, todos preocupados por el grave estado del abogado. La presencia del jefe de la policía tenía un objetivo mucho más espurio. Él estaba allí para certificar que los pistoleros no habían fallado. Por eso, cuando Martínez Anido descolgó el teléfono en la otra punta de la ciudad, Arlegui no pudo disimular una sonrisa de felicidad cuando pronunció aquella única frase: «Está muerto».

Una vez abandonada la clínica y mientras el chófer conducía el automóvil que lo dejaría en casa, Arlegui no puede dejar de pensar en aquella mañana del día 27 en la que se dio luz verde a todos esos acontecimientos que habían salido a pedir de boca. En el despacho del gobernador, el jefe de policía había explicado el plan que había elaborado con su fiel Antonio Espejo. Martínez Anido no había dejado de pasear por la dependencia mientras escuchaba en silencio y, una vez

acabadas las explicaciones de Arlegui, se detuvo ante la ventana que daba a la calle. Pose militar, las manos en la espalda, mirada profunda, como si observara las huestes enemigas formadas en el campo de batalla. El único movimiento fue el de su bigote rectangular, que subía y bajaba al ritmo de una mandíbula que, en un acto instintivo en momentos de tensión, se abría y se cerraba como haría un pez fuera del agua.

La incertidumbre se propagó como una niebla baja durante aquellos interminables minutos. Arlegui dudaba. Hasta que Martínez Anido se giró hacia él, y en un silencio abrumador, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Orden recibida, entendió el jefe de policía. Y, también en silencio, hizo el mismo gesto de asentimiento antes de abandonar el despacho para proceder a organizarlo todo.

Antoni Martínez Domingo, el alcalde de Barcelona, esperaba en su despacho, aquella tarde del día 30 de noviembre, a Francesc Layret y a la esposa de Lluís Companys. Esta última había acudido a Layret en cuanto se había enterado de que su marido era uno de los presos que habían sido sacados de la Modelo y embarcados en el buque La Giralda. El abogado y amigo íntimo de Companys había comenzado a telefonar a diversas autoridades para buscar aclarar el asunto. Incluso llegó a hablar con Madrid, pero nadie le supo dar ninguna explicación. Así que, nuevamente, había telefonado al alcalde.

Martínez Domingo ya había hablado con Layret y con la mujer de Companys la tarde del 27, cuando este fue encarcelado. El alcalde, abogado y político de la Lliga Regionalista, intentó proteger a su concejal, y para ello habló con el gobernador civil Martínez Anido. Al final había conseguido que Anido acudiera a su despacho aquella tarde del día 30 para reunirse con Layret y con la esposa del encarcelado.

Meses atrás, el alcalde ya había tenido un fuerte enfrentamiento con Anido cuando este era aún gobernador militar. El motivo había sido la carga policial a la salida de la charla ofrecida por Josep Jofre durante la celebración de los Juegos Florales. Martínez Domingo llegó a exigir en aquellos días la dimisión del entonces gobernador civil, el Conde de Salvatierra.

Cuando suena el teléfono en la plaza de Sant Jaume, Martínez Domingo piensa que nuevamente será el gobernador que llama para aplazar la reunión, tal como había hecho dos días atrás. Pero no... Para su pesar, al otro lado del teléfono se encuentra un redactor de *La Veu de Catalunya*, que le avisa de que Layret ha sido tiroteado. El teléfono cae de las manos del alcalde, que se derrumba sobre la silla de su mesa de trabajo. Los minutos pasan sin que su corazón sea capaz de bombear esperanza a su alma. Su amigo, su modelo, víctima de un atentado...

Cuando reacciona, llama al chófer y sale a toda velocidad en dirección a la plaza Goya, pues el periodista le ha dicho que han llevado al herido a un pequeño dispensario. Pero cuando llega, le informan de que Layret ha sido trasladado en ambulancia a la clínica Corachán.

Martínez Domingo llega a la clínica minutos antes de la fatal noticia. Layret muere pasadas las ocho de la noche, y el alcalde vuelve a hundirse en un profundo silencio. Arrastra los pies hasta el automóvil que debe devolverlo a su despacho. El corazón compungido le dicta el comunicado que aparecería en la prensa dos días después.

Con gran sentimiento informo al Consistorio que el concejal don Lluís Companys ha sido encarcelado, teniendo como prisión el castillo de la Mola, en la isla de Menorca. Si el ejercicio del cargo que ocupó no me hubiera obligado a gestionar a favor del señor Companys, me obligaría a ello el afecto particular que le tengo. He hecho todo lo que he podido y lo seguiré haciendo.

Con la más honda emoción suplico al Consistorio que haga constar en acta el sentimiento que todos tenemos por el asesinato del señor Layret, ya que en otros tiempos había formado parte de este Consistorio, y pido que también conste en acta la más enérgica protesta contra este abominable atentado.

Salvador Seguí fumaba, aquella mañana del 30 de noviembre, en la celda que compartía con Companys y cuatro cenetistas más. Un recluso destinado a la cocina de la Modelo consigue acercarse hasta él para informarle de que han llegado diversos camiones militares repletos de guardias civiles. La experiencia de otros encarcelamientos hace ver rápidamente al *Noi del Sucre* que van a ser trasladados y así se lo hace saber a Companys. Hasta que no vienen a por ellos, los reclusos viven momentos de tensa espera, luchando por desterrar las funestas ideas que les asaltan en momentos de debilidad.

Treinta y seis de los presos son subidos, esposados por parejas, en tres camiones que parten hacia un destino desconocido. Consiguen ver algo a través de los resquicios que abren las lonas de los vehículos. Algunos de ellos creen que los llevan al castillo de Montjuic, pero cuando lo dejan atrás y ven los muros del cementerio, el silencio anega de temor sus miradas. Muchos creen que los van a matar. Para su sorpresa, también sobrepasan el camposanto y llegan al puerto.

Una vez bajan de los camiones, la guardia civil los escolta hasta una barcaza que los llevará hasta las escaleras del buque La Giralda. En la bodega, atados, vigilados por los guardias y teniendo prohibido hablar, comienzan una travesía hacia un destino que nadie se ha preocupado en explicarles.

El capitán del barco accede a hablar con Companys, quien se queja del trato inhumano que están recibiendo. A pesar de la intransigencia del oficial de la guardia civil encargado del traslado de los presos, el capitán hace valer su mando en el navío, de manera que los reclusos son desatados y, aunque no podrán abandonar la bodega, se les permite hablar entre ellos. Pero siguen sin saber a dónde van.

Al subir al barco, Companys había reconocido a un joven oficial de la marina con el que había entablado amistad dos años atrás cuando estuvo preso en el buque Álvaro de Bazán. El oficial también se había fijado en el político catalán y le había hecho una seña silenciosa con la cabeza. Fue él quien, a medianoche, entra en la bodega y busca a Companys.

—Han matado al pobre Layret —le dice.

La noticia lo deja sin habla, con la mirada perdida y el alma rota. Sus manos cubren unos ojos que no pueden reprimir lágrimas amargas, lágrimas duras, lágrimas de sangre. Con el rostro desencajado y poniéndose de pie, Companys solo es capaz de pronunciar una frase.

—¡Han asesinado a Layret!

Y el silencio se hace profundo en la bodega de aquel barco. La impresión es tremenda. La esperanza de todos aquellos hombres se tambalea. Muchos lloran como niños, apoyándose en el hombro de un compañero. Pero nadie habla. Todos los gritos de rabia explotan en el alma de los presos. El silencio solo queda roto por Salvador Seguí.

—Saben muy bien lo que han hecho.

Eran casi las seis de la tarde y Mercè Micó, la esposa de Lluís Companys, ya había llegado a la altura del número 26 de la calle Balmes. Permanecía en el taxi que el chófer había aparcado a pocos metros de la casa de Francesc Layret. Los nervios le hacían jugar intermitentemente con el collar que colgaba de su cuello.

Desde que esa mañana había hablado con Layret, estaba deseosa de reunirse con el alcalde de la ciudad para conseguir que intercediera por su marido. En cuanto supo que habían embarcado a su esposo en La Giralda, se había puesto en contacto con el abogado y amigo. Después de infinidad de llamadas de teléfono y contactos con las altas esferas del Gobierno de la ciudad, habían conseguido establecer una reunión con el alcalde y el gobernador civil. Mercè estaba segura de que conseguiría que su marido volviera a casa.

Mientras la oscuridad empieza a caer sobre la ciudad, los minutos parecen pasar más lentos de lo normal. La ansiedad colma la parte trasera del vehículo, donde aquella mujer mira el reloj

incesantemente. No ha comido nada al mediodía, la angustia ha sido el único alimento de los últimos días. Ahora todo está a punto de acabar.

El chófer baja del coche en cuanto observa aparecer a Layret por la puerta del edificio. Rodea el automóvil para abrir la portezuela que da a la acera. Mercè ve llegar al abogado apoyado en sus muletas. Le sonríe desde el interior. Una sonrisa triste, fría, pero cargada de esperanza. Justo antes de subir al coche, Mercè ve como Layret se gira hacia su derecha. Y a partir de ese momento, el vacío, el dolor, la tragedia.

Los disparos la dejan petrificada. Uno, dos, cinco, diez, treinta estallidos que en el silencio de la tarde le parecen ensordecedores. Unas detonaciones que hacen caer al suelo a Layret mientras ella solo puede abrir la boca en un grito sordo que no deja escapar ningún sonido. Abre la puerta izquierda del automóvil y en el momento en que sale al exterior, es empujada por un individuo que pasa a su lado con caminar decidido. Arrastrándose, dejándose las medias en los adoquines de la calzada, rodea el coche en medio de un silencio de muerte y de dolor. Sorteando al chófer, que se ha agazapado hecho un ovillo en la parte posterior y al llegar a la acera, sus manos se hunden en un charco viscoso y caliente. Al notar la sangre de Layret empapar su piel, Mercè Micó comienza a musitar unas palabras prácticamente inaudibles en el silencio de la tarde.

—Ha sido por mi culpa. Ha sido por mi culpa...

La espera durante aquella tarde del día 30 de noviembre se hizo eterna para Fulgencio Vera, a quien todos llamaban *Mirete*. Se había vestido con un mono azul de mecánico y una gorra. Una bufanda le tapaba la cara. A su lado, en aquella esquina de la calle Balmes con Diputación, se encontraba Carles Baldrich. En la esquina contraria, la que daba a Gran Vía, estaban apostados Fulgencio Grisca y Ángel Coll. Los cuatro trabajaban para el Sindicato Libre.

Poco antes de las seis, tal como les habían dicho, ven aparecer por la puerta del número 26 a un tullido que camina ayudándose de unas muletas. Es Layret, el abogado de los obreros. «No de todos los obreros», piensa *Mirete*. El abogado de los obreros del Sindicato Único, el abogado de los anarquistas.

Con paso decidido avanza mientras saca la pistola del bolsillo. Llega a dos metros del abogado, justo cuando este se dispone a subir al taxi que le espera. La suerte quiere que Layret, al notar su presencia, se gire hacia él, ofreciéndole un blanco perfecto. Comienza a disparar, apuntando, tal como habían planeado, a la parte superior del cuerpo. La mayoría de las balas impactan en la cabeza de aquel hombre, que se desploma acompañado de un curioso ruido de hierros y metal.

Con los últimos disparos, *Mirete* ve de reojo como su compañero Baldrich pasa por el otro lado del automóvil y empuja a su paso a la mujer que sale por la portezuela. Los otros dos pistoleros avanzan por la acera en dirección al taxi. Las parejas se cruzan y marchan en direcciones contrarias, hasta llegar a los coches que les esperan en cada esquina y que les sirven para escapar del lugar del crimen.

Ya en el coche, Fulgencio Vera se felicita en silencio por cómo ha ido todo. A sus veinte años, no es la primera persona a la que mata. Pero las facilidades que han encontrado para este asesinato han sido enormes. En la reunión que habían tenido con Arlegui, el jefe de la policía, había quedado claro que en ese momento no habría guardias por la zona, de manera que podrían actuar y huir con total tranquilidad. Además, les habían asegurado que Layret saldría de su casa alrededor de las seis de la tarde para asistir a una reunión. Todo ha ido como tenían previsto. Además, les habían recomendado que efectuaran los disparos a la cabeza. Si disparaban al cuerpo, aquel corsé metálico que Layret debía ponerse para poder caminar con las muletas podría servirle de parapeto de las balas.

A partir de ahora, su única preocupación será cómo gastarse las tres mil pesetas que cada uno de los pistoleros cobrará por el trabajo.

Aquella tarde del 30 de noviembre, Layret no paraba quieto en su despacho de la calle Balmes. No sabía si era más por nervios o por rabia. Había quedado a las seis con Martínez Domingo, el alcalde de Barcelona. Este había podido establecer una reunión con Martínez Anido, el gobernador civil que en menos de un mes había puesto en marcha un proceso represor contra el movimiento obrero como no se había visto nunca. Layret había citado a la esposa de su amigo Companys, que aquel mediodía le había comentado que habían sacado a su marido de la Modelo y lo llevaban desterrado a Menorca.

Pero, sobre todo, Layret sentía rabia por la cantidad de cenetistas que habían sido detenidos y asesinados en las últimas semanas. Aparte de Companys, también estaba preso su gran amigo Salvador Seguí. El trío inseparable estaba roto por culpa de aquel militar metido a gobernador civil que parecía decidido a aniquilar cualquier revuelta o reclamación obrera. Sus amigos encarcelados. Él amenazado. Pero creía firmemente en sus convicciones. Nada le haría retroceder ni cambiar su dedicación a la defensa de la clase obrera.

Para apaciguar un poco los nervios, después de comer había estado releendo algunos de sus escritos del último año. Acostumbraba a hacerlo para asegurarse de que su camino no se había separado ni un ápice de la filosofía con la que había comenzado a ejercer su carrera de abogado hacía ya tantos años. Y fue al encontrar aquel texto cuando renovó por completo sus certidumbres.

El siglo XIX fue el de la libertad política. Los siervos pasaron a la categoría de ciudadanos. El siglo XX será el de la libertad económica, haciendo que cada hombre tenga, en la riqueza colectiva, una parte más importante que hoy, sobre todo más justa. Esta libertad económica culminará, completará, la libertad política, que, sin aquella, será siempre defectuosa.

Treinta minutos antes de la hora prevista para reunirse con la esposa de Companys, Layret comienza a vestirse. Con la asistencia de su ayudante, empieza a colocarse todas las piezas metálicas que le sirven para mantener erguido aquel maldito cuerpo que quedó cercenado por la polio cuando tenía solo dos años.

Apoyado en sus inseparables muletas y con su leal compañero cargando el maletín repleto de papeles dos pasos por detrás de él, sale a la calle y ve en la misma acera el taxi desde el interior del cual Mercè Micó lo saluda tímidamente.

Avanza renqueante hacia el automóvil con el profundo convencimiento de que al caer de la noche todo se habrá solucionado. Una sonrisa, que quiere ser de fortaleza y de ánimos para Mercè tanto como para él mismo, aparece en su rostro cuando aquella dulce mujer abre la puerta trasera del taxi. Pero en aquel justo momento todo cambia. El silencio de la tarde se hace aún más ensordecedor y profundo. Todo a su alrededor se ralentiza intentando alargar un final que parece inexorable. Y Layret sabe en ese instante que va a morir.

Algo le hace girarse a tiempo para ver aquel hombre con mono azul y con la cara tapada por una bufanda que avanza apuntándole con el ojo amenazador de una pistola. Aquellos segundos interminables solo sirven para entristecer a Layret, no por su muerte, cercana, segura y anunciada, sino por fallar a sus amigos, por morir sin haber podido hacer nada por Companys y el resto de detenidos.

Pocos minutos antes de las seis de la tarde, Francesc Layret recibe la primera de las balas en la cara. La bala que le duele. La bala que hace que aquel andamiaje de hierro y acero deje de sostenerlo. La bala que hace que no perciba todas las otras que entran en su cuerpo. La bala que hace que note cómo su sangre se le escapa del cuerpo para crear charcos viscosos en la acera. La bala que lo separa para siempre de sus ideas, de sus anhelos, de su vida.